



Aves grises

Gustavo Sabas del Pino
Santa Cruz de Tenerife. 24 años

Gustavo nació en La Habana, ahora vive en Santa Cruz de Tenerife, lo hará en un futuro en Madrid, y luego, quién sabe. Suyo hace el lema del trovador: *donde quiera que me encuentre, yo siento que esta tierra es mía*. En su familia el hecho de escribir se vive como algo natural: Gustavo es sobrino de un reconocido dramaturgo, y el aroma a tinta le acompañó desde siempre, junto con las lecturas de Borges y Onetti. Quizá es por ello por lo que coordina talleres de narrativa y continuamente está escribiendo, aun cuando esté en una playa soleada, en un bar con amigos, paseando en una ciudad desierta o trabajando en todo tipo de *ocupaciones alimenticias*, que diría Vargas Llosa. Cree firmemente que el escritor no es un ser elegido: sólo alguien que se atreve a dedicar tiempo y energías a la tarea de contar las historias, ideas, reflexiones que todos llevamos dentro. Y dice así...

Aves grises

Gustavo Sabas del Pino

Habría que confesar que ya desde mucho antes habíamos debatido esa obsesión de Aníbal por las palomas, y que la habíamos declarado, incluso, como algo que estaba sencillamente fuera de lugar. Aunque no era en realidad una molestia que nos fuera abrupta, difícil de llevar, sino apenas una de las tantas monotonías que venía a incordiarnos esa otra reinante monotonía, la establecida, la gustosamente aceptada. Nuestra Plaza se quedaba siempre vacía –o llena de turistas con cámaras fotográficas, que para el caso viene a ser lo mismo– hasta eso de las seis de la tarde, que era la hora en que llegaba Ramiro o llegaba yo. La hora en que el sol comenzaba a decaer, las cámaras a precisar las no muy abundantes valentías de la opacidad, las casas del vecindario a superpoblarse y nosotros a huir hacia ese remanso de paz urbana que era la Plaza, donde el máximo estrés y la máxima rivalidad los provocaban aquella diaria competencia entre Ramiro y yo sobre quién agarraría esta tarde la parte más sombreada del banco. Qué plácidas tardes aquellas en las que era yo quien llegaba primero, en las que ocupaba gozoso la zona privilegiada y me sentaba a degustar cómo cinco minutos después se acercaba Ramiro canoso, tardío, tratando de fingir una inútil indiferencia ante mi victoria. Pero yo sabía, y sabía él que yo sabía de su infantil ofuscación al verme ya sentado, como sabíamos los dos de la intensa socarronería con que me miraba acercarme cuando era él quien llegaba el primero, y no me quedaba a mí otro remedio que ocupar la ignominiosa porción del banco, y encima ser yo quien tuviera que emitir un saludo balbuceante.

Era aquel uno de los juegos de los que no participaba Aníbal por causa de las palomas. Porque él llegaba mucho antes que nosotros, sólo que hasta bien entrada la tarde ni

siquiera nos miraba, entregado como estaba a la estúpida labor de alimentar desde su banco, unos metros más allá, a esas aves grises, como solíamos llamarlas Ramiro y yo, traídas aquí sin lugar a dudas por algunas de las turísticas autoridades del Ayuntamiento, por el mismo cerebro, con toda seguridad, que colocó en mitad de la Plaza esas rejillas doradas y absurdas alrededor de la estatua de toda la vida. Endemoniados pajarracos nos parecían aquellas aves, fotografiadas hasta el hastío por esos seres rubios que parecían no haber visto ninguna otra plaza con palomas en todo el mundo. Y sin embargo era Aníbal, nuestro Aníbal, quien se había atribuido el deber de llevarles diariamente, envueltos en tiras de bolsas caducas, simétricos trocitos de pan duro que poco a poco les iba arrojando a los pies de su banco. Y había que ver cuán sumisa, cuán gatunamente se acercaban ellas a picotear en el suelo, cuánto enigmático y agotador dibujo hacía la bandada en el aire mientras se acercaba a los trozos de pan, con qué poco recato salían volando de nuevo hasta el campanario de la iglesia una vez satisfecho el buche.

Pero a Ramiro y a mí eran otras las razones que nos molestaban, o al menos otras las que discutíamos sentados en nuestro banco. Razones fluctuantes, es cierto, pero muy firmes siempre en cada discusión. Como aquella de que resultaba demasiado patética la visión de un viejo alimentando a las palomas, haciéndose adorar por ellas como un César en su imperio fugaz y periódico, porque la vejez y la soledad eran cosas que debían llevarse más dignamente. O esa otra razón que daba siempre Ramiro, y que a mí lograba ponerme los pelos de punta, de que era inaceptable que nuestro compañero fuera la imagen central de las fotos de los turistas cada tarde, que cediera a la burda repetición de tantas cenas lejanas, cuando el padre saca las fotos del último viaje como quien saca un trofeo de la guerra, y dice miren, este fue el antepenúltimo viaje, este anciano era el encargado de las palomas más hermosas que ha habido nunca, y que ocu-

rra lo mismo, en ese preciso momento para colmo, en tantas mesas del mundo de allá afuera, siempre un Aníbal callado y ausente que formaba parte del paisaje, como el campanario o el héroe encerrado en su rejilla dorada.

Así nos transcurría siempre el inicio de cada tarde, Aníbal absorto en sus palomas, Ramiro y yo absortos en Aníbal, hasta que se terminaban las ganas o los trocitos de pan y él iba hacia nuestro banco, nos saludaba como si sólo entonces nos hubiera visto y volvía a ser nuestro. Nos sacaba una cerveza o algún dulce seco que nosotros recibíamos con cíclica sorpresa cada tarde, y se sentaba a comentarnos del torrencial aguacero que había caído, según fuentes fidedignas, tres barrios más allá del nuestro, o nos volvía a contar alguna anécdota nebulosa de las de su patria.

Nunca pudimos determinar a ciencia cierta cuál era la patria de Aníbal. Evitaba hasta la paranoia los nombres propios y nuestras soterradas indagaciones, no quiso decirnos nunca si en su juventud le quedaba muy lejos el estrecho de Gibraltar o si tenía noticias cercanas de los Pirineos. Sus referencias nos eran siempre anacrónicas, contradictorias, se nos mezclaban las níveas casas de campo con los tanques de guerra y las palmeras con los mausoleos, nos hablaba un día de caminatas fervorosas por los montes, de desbordantes alegrías populares, para contagiarnos al día siguiente de temores y vigilantes uniformados. Y los ojos, eso sí, se le entrecerraban siempre, como hurgando trabajosamente en sus recuerdos difusos. Cuántas tardes llegó Ramiro a la Plaza con un mapamundi bajo el brazo diciéndome: «Hoy sí lo vamos a descubrir», y mientras Aníbal nos traicionaba con sus palomas, nosotros nos adentrábamos en ese enorme laberinto de continentes y de islas. Descartábamos desde un inicio a toda Asia y a los países africanos, encerrábamos a Sudáfrica como candidato en un inseguro círculo rojo, decidíamos que Aníbal, definitivamente, carecía de la férrea arrogancia de los norteamericanos tanto como

de la frialdad impenetrable de los Países Bajos. Nos angustiábamos por lo grande y trabajoso que puede resultar el mundo incluso dibujado en un papel, para al final dudar de que realmente Aníbal tuviera alguna patria que no fuera ésta.

Lo dudábamos porque no había nada más lejano a nuestra idea de un inmigrante que Aníbal. Un inmigrante es, por definición, alguien que no ha entendido que sus historias no son trascendentes, alguien que si ve algo que ocurre en esta Plaza, de inmediato lo compara con lo que vio en Barcelona, o con alguna vacua conclusión a la que arribó en los tiempos en que estuvo trabajando de camarero en las Islas Baleares. Alguien, en fin, que no entiende que para nosotros el mundo es la Plaza y el resto es clases de geografía, o simplemente vacaciones y agencias de viaje. En cambio Aníbal tenía un acento idéntico al nuestro, denotaba con ira sincera contra las actitudes del Partido Socialista, sufrió tanto como nosotros cuando colocaron la rejita alrededor de la estatua de la Plaza. Por cosas como esas, al final Ramiro y yo declarábamos intrascendente la veracidad de la patria de Aníbal, y cuando terminaba con sus palomas y venía hacia el banco, nosotros ocultábamos el mapamundi bajo las piernas, muy rápido y con algún sentimiento de culpa, y volvíamos a adentrarnos en esa rutina que entonces, con la llegada de Aníbal, por fin comenzaba sin mayores problemas.

Pero el día en que Aníbal llegó con las manos ligeramente ensangrentadas, cuando con ojos nerviosos nos pidió un clínex y nos dijo «Miren esto, dos de esas putas palomas me han picoteado las manos», ese día, sin saber bien por qué, comenzamos a inquietarnos y a presentir que nuestra rutina de alguna manera se iba a afectar. Ramiro le extendió el clínex, Aníbal se sentó y luego de una pausa breve volvió, como si no lo hubiéramos oído o no hubiera sido aquello suficiente desahogo: «Me han picado, señores, yo tenía las

manos llenas de unos trozos de pan que no probaron», y luego una pausa más, como quien aún trata de asimilar: «Eran dos de las más antiguas, de las más queridas».

Luego de aquello, fue muy difícil disimular que no transcurría igual a todas. Hubo demasiado cuidado al seleccionar nuestros temas, demasiado espesos se hicieron esos silencios colectivos que tanto bien nos hacían normalmente. Hubo una puesta de sol impresionante, un rojo cobrizo que se ocultó azorado tras la montaña y que ninguno de los tres se atrevió a comentar. Y después, a la hora habitual, nos despedimos con toda impostada normalidad, como quien no tiene razón alguna para agregarle gravedad a un accidente sin trascendencia. Pero eran ya muchos años de Plaza y de compañía, muchos años de vida curtiéndonos para que alguno de los tres lo creyera, para no saber que en algún momento se repetiría esa agresividad de las palomas. Esas cosas siempre suceden así.

Y así sucedió al otro día, y al otro, y toda la semana siguiente, casi de la misma manera. Llegaban dos palomas a los pies de Aníbal y comenzaban a picar desganadas algún trozo de pan que hubiera caído al suelo por descuido. Luego, con dos o tres saltitos de esos con que tratan de imitar nuestros pasos, se acercaban al banco y se quedaban bien quietas, casi inmóviles, salvo alguna que otra mirada furtiva hacia la bandada, esperando el momento oportuno en el que Aníbal, con su cíclica inocencia o su resignación incomprensible, extendiera la mano para arrojar nuevos trozos de pan. Y era ese el momento que aprovechaban ellas para asestar el golpe: un único picotazo cada una bien fuerte, bien hiriente, penetrando en la gastada carne de Aníbal lo más profundo que les fuera posible. Después él llegaba hasta el banco y yo le hacía cada vez la misma pregunta, como si no supiera la inutilidad de una pregunta que recibe cada tarde la misma respuesta: «¿Hoy también?». Y él: «Sí, hoy también». A nosotros entonces no nos quedaba otra

opción que tragarnos nuestra impotencia y tratar de hacerle más llevadero el resto de la tarde a nuestro amigo.

Mirábamos ansiosos hacia la plaza buscando algo de qué hablar, algo bastante trivial. Y comentábamos, por ejemplo, lo llena que venía la bolsa del supermercado de aquella mujer, o nos burlábamos de la avispada cautela con que los adolescentes se sentaban en la Plaza a liar sus porros torpes creyendo que nosotros nos íbamos a escandalizar, como si en verdad los años de nuestra juventud hubieran sido más sosos que los de ellos.

Y las palomas seguían picando, con más desparpajo cada vez. Pasados diez días desde el primer ataque, se le acercaban en grupos de tres o de cuatro dando saltitos cada vez más breves y aguardaban ansiosas el obligatorio momento en que salían a la luz nuevos trocitos de pan. Hasta siete palomas se llegaron a acercar una vez y a turnarse disciplinadamente para asestar el picotazo, extendiendo las alas en un exigente chillido si Aníbal se demoraba más de lo habitual en ofrecer las manos. Ofrecer, sí, porque si algo nos resultaba incomprensible a Ramiro y a mí era esa obstinada aquiescencia, esa absurda resignación suya. Por más que se agravara la situación, no se le restó un minuto a la diaria ceremonia de alimentar a las aves grises, por más sangrante y desconsolado que llegara Aníbal cada tarde a nuestro banco, no faltaba al día siguiente la bolsa con los trocitos de pan. Y a Ramiro cada vez le irritaba más todo aquello. A mí también, es cierto, pero yo siempre he sido más apagado, menos propenso a inquietarme en el banco y dar vueltas de un lado a otro ante cada sobresalto de Aníbal.

La tarde en que las palomas se comenzaron a aburrir de las manos y picaron a Aníbal en la nuca, ya aquello fue demasiado para Ramiro. Las cosas sucedieron con una grosera simpleza. Las manos de Aníbal ya no podían aguantar tantas curitas y vendas, apenas había dónde picar. Entonces una de las palomas se posó en el respaldar de su banco, y

luego de algunos instantes de observación y de cálculo, lo picoteó en la nuca. Nosotros estábamos observando bien, y podemos asegurar que aquel picotazo tuvo más fuerza, más crueldad, y que luego la paloma alzó el vuelo, pasó encima de Aníbal y se detuvo unos instantes delante de su banco con su danza breve pero macabra, dando revoloteantes y burlones saltitos. Aníbal llegó a nuestro banco. Por el cuello le corrían finos hilillos de sangre seca y estaba aterrorizado. Ramiro intentaba mirar a otra parte, pero luego de un silencio más largo y más denso que el de todas estas tardes, lo dijo: «Quizás deberíamos pensar en irnos a otra plaza».

Entonces sí reinó el silencio. Los tres sabíamos que aquella sentencia de Ramiro no era más que la verbalización de lo que llevábamos días pensando, bien oculto cada uno, en las largas estancias de nuestro banco, y sabíamos que aquella solución, aunque quizá fuera efectiva, nos iba a ser muy radical. Y es que toda nuestra dulce rutina, nuestra aceptada monotonía, podía afectarse demasiado si renunciábamos a nuestra Plaza. Ciertamente podríamos escoger alguna otra, pero nosotros llevábamos toda la vida viviendo en este barrio, y sabíamos muy bien que la próxima plaza decente —no un torpe remedo, no un vulgar espacio en cualquier esquina a la que le hubieran colocado un par de bancos, sino una Plaza con su héroe en el centro, como Dios mandaba— quedaba bastante lejos de ésta. Y hace mucho frío en las calles, y los huesos se resienten, y con la mudanza íbamos a perder ese gracioso simulacro de la casualidad que cada tarde nos reunía.

Estaba, además, la amenaza de los bares. Porque una gran parte de nuestro orgullo consistía en no acudir a esos antros estrechos en los que la gente aúlla y se apiña alrededor de una barra, justo en el centro de una nube de humo de cigarrillos rubios. Nos resultaba fatídico dejar de gozar de esas vistas mientras esperábamos unos por los otros, cambiarlas por la angustiosa sensación de sobrar

cuando llegas a la barra y se está hablando de algo, llegar y pedir una obligatoria cerveza porque si no a qué has venido aquí, dedicarte a observar cómo el dueño friega los vasos, a falta de una mejor ocupación, si no ha llegado nadie aún.

Por eso el silencio reinó, por eso la vida no fue más que esperar la respuesta de Aníbal durante tres o cuatro segundos. Por eso no sé si sentí irritación o simplemente alivio cuando Aníbal respondió: «Tú no entiendes, Ramiro, son mis palomas».

Durante los días que vinieron después, asombrosamente, dieron tregua las palomas. Aníbal apenas podía disimular una sonrisa de niño tras la arrugada cara de siempre. Era casi placentero verlo alimentar a sus aves grises con la misma calma de siempre, y cómo sonreía con cariño cada vez que llegaba alguna, comía y emprendía el vuelo sin mayores agresividades. Incluso las fotos de los turistas nos parecían flashazos de triunfo.

Las heridas de las manos se le iban cicatrizando clamorosamente. Gruesas postillas nos iban tranquilizando cada tarde, Aníbal se pasaba la mano por la nuca como por una traviesa herida de guerra. Fueron unos días en los que, curiosamente, nos habló de su patria con más frecuencia y con más alegría de la acostumbrada, llenándonos de nuevas confusiones de las que tuvimos que protegernos Ramiro y yo para que no se nos empañara la tregua.

Lo que otros días eran campos abandonados y oxidadas cercas de alambre de púa, eran ahora camiones fruteros, siempre repletos de enormes plátanos, de sensuales papayas, de unos aguacates de ensueño que a nosotros nos parecerían calabazas si los viéramos. Y nos hablaba de un sol que salía vigoroso, viril, cada mañana apresurando el despertar de la ciudad –sí, porque de repente había una ciudad– y de gente que te miraba a los ojos con todo el desca-

ro y todo el cariño. Y los ojos de Aníbal se perdían en ese lugar en el que se pierden a veces los ojos de la gente que, de tan ignoto, hemos convenido llamar la distancia.

Fueron aquellos, en fin, muy buenos días. No quisimos celebrarlo la primera tarde, ni la segunda, por el comprensible pudor de quien hasta ahora ha fingido que no pasa nada, pero ya a la cuarta tarde Ramiro sacó del abrigo con mucho cuidado, mirando a todas partes, una botellita de whisky. Pequeñísima, como de juguete. «Un día es un día», dijo. La abrimos y nos la pasamos, haciendo una mueca después de cada sorbo. «Quién nos iba a decir cuando éramos jóvenes», dijo Aníbal, «que algún día el alcohol nos arrasaría de esta manera la garganta».

Que aquello era solo un descanso, que las palomas volverían ineludiblemente a atacar, era algo predecible e incluso me atrevo a asegurar que los tres lo sabíamos. Pero al menos yo no hubiera podido predecir la ferocidad con que volvieron. Ramiro me dijo: «Mira hacia allá», y yo comprobé estremecido que el banco de Aníbal estaba cubierto por completo de palomas.

Picaban todas al mismo tiempo, varias veces cada una. La bolsa del pan se había derramado en el suelo. Las palomas le trepaban hasta los codos, le alzaban los bajos del pantalón buscando los tobillos, le aprisionaban con sus garras los hombros y la cabeza, y picaban sin descanso. Aníbal se retorció en su banco, y estiraba una mano tratando de alcanzar la bolsa del pan. Esa tarde el disimulo fue sencillamente ridículo.

Y los días siguientes fueron de una intensidad excesiva, más de la que puede uno luego almacenar en un recuerdo que no sea nebuloso. Los viejos debemos vivir tiempos de descanso y de calma que nos preparen para la otra calma más grande, la que se avecina. Ya no estamos preparados para esa sucesión interminable de emociones absurdas. Por

eso apenas recuerdo lo que pasó, por eso y porque la Plaza comenzó de repente a llenarse mucho más que de costumbre y comenzamos a ser nosotros la noticia local del momento. Llegaba a la Plaza y ya estaban allí los curiosos, y estaba Ramiro cabizbajo sin deseos de arrebatarme la parte más sombreada del banco. Vino uno de la Guardia Civil que, conociendo de antemano la nulidad de nuestra respuesta, nos preguntó si podía ayudarnos en algo, mientras Aníbal agonizaba en su banco. Las cámaras de los turistas crecieron y comenzaron a sustentarse de trípodes. Es algo que he visto varias veces: cuando a un turista comienza a crecerle la cámara, se convierte entonces en un documentalista. Y comienza a grabar a esas palomas que planean como aviones de guerra para caer justo en el pecho de Aníbal, que por primera vez ha tratado de levantarse del banco. No era algo que pudiera elegirse, todo aquel movimiento sencillamente me aturdí.

La tarde del Primero de mayo del año 2005 fue inaceptable. Fue la tarde en que, finalmente, las palomas decidieron picotear a Aníbal en la cara. Aquello era ya demasiado, era más de lo que podíamos observar Ramiro y yo; por eso, no sin cierto sentimiento de culpa, miramos hacia otra parte.

Aníbal llegó destrozado a nuestro banco. Traía la ropa hecha jirones, densas gotas de sangre pisoteada se le arrastraban desde las cejas y erraban su recorrido por las arrugas y las fisuras de su rostro. Se sentó y nos dijo: «Qué tal». Y luego estalló en aquel llanto desbordado. Recostó la espalda en el banco, se tapó el rostro con dos manos que eran una sola lástima, y comenzó a atropellar palabras ininteligibles, como llegadas de algún idioma remoto. Como una críptica jerigonza en la que, sin embargo, irrumpían entre sollozo y sollozo frases en español. Irrumpió en algún momento: «Dios mío, qué lejos estoy», aunque no sé cuál de sus patrias recordaba, si a la del mar resplandeciente que se adentraba en los arrecifes, si a la de las obediencias sepul-

crales, si a alguna otra. Irrumpió también: «Por qué me hacen esto», irrumpió, «Ya nos queda poca vida». Y yo no sabría decir cuál de sus aspectos fue peor, si ese de desgarrado sollozo que mantuvo durante infinitos minutos, o si esa expresión de dolor profundo e irreversible con que quedó después, moqueando aún con dos gruesos lagrimones en los ojos.

Ramiro no pudo más. Llevo muchos años conociéndolo: hay un momento en que él no puede más. Se levantó y se fue. Diez minutos más tarde, ya más calmado, Aníbal decidió evitarme la decisión de irme yo también. Se levantó y se me perdió zigzagueante al doblar la esquina. Yo tuve que enfrentarme a la espantosa visión de una Plaza repentinamente desierta a las ocho de la tarde.

Esa noche, debo reconocerlo, dormí bastante inquieto. Y sin embargo desperté por la mañana con una tranquilidad que no experimentaba desde hacía ya un tiempo. «Ya ha pasado todo», me dije.

Por el mediodía vinieron mis sobrinas a verme. Traían un pescado bien fresco de las costas de Galicia que ellas mismas cocinaron para el almuerzo. Con una devoción que a ratos parecía auténtica, sobrepasaron la prueba de mirar todas las fotos de mi álbum familiar e incluso rememoraron tercas costumbres de alguna tía fallecida. Se despidieron de mí con la promesa de regresar pronto.

A la hora de siempre, bajé hasta la Plaza. Las palomas seguían ahí, y seguirán. El bar de enfrente acababa de abrir, y adentro Ramiro se tomaba sin destreza un tímido café cortado y fingió no verme. Aníbal no estaba en la Plaza, y no estaría.